

De versos

Quizá la supervivencia

sea así de sencilla:

oler la piel de tu madre para aceptar el mundo,

dejar que una fina lluvia te muerda los labios,

pasear por una ciudad de silencio hipnótico

o descubrir un nuevo tono de naranja en el atardecer

de tus motivos.

Tantas herramientas con las que edificar

una resistencia:

una sonrisa a lo lejos que no es para ti,

pero pudiera ser un nuevo faro de la cordura,

la tranquilidad del libro sobre esa mesa

que sabe que hoy también desayunaréis juntos,

el olor a vela extinguida,

tapar con una manta al perro

o escuchar esa canción que tiene la llave

de todas tus evasiones.

Tal vez para sostenernos

no haga falta más que esto:

acercarse a amar los bosques,

mordisquear cerezas,

caminar muy despacio junto a la orilla del mañana
respirando como si importara,
admirar a quienes hacen cerámica,
saber que tu forma de querer a tus amigos
es certera e incuestionable.

Hay una infinidad de razones
para amotinarse contra la desidia:
las combas y los yo-yos,
el polvo precioso y necesario de las librerías,
descubrir el plan sin fisuras de las hormigas,
risas terapéuticas en una terraza,
soñar siempre despiertos
y despertar siempre con sueños,
y ansiar mundo,
ansiar mundo e inyectarle poesía,
haciendo de versos
corazón.